

Gaziel
El mapamundi de Blasco Ibáñez
(*La Opinión* [Los Ángeles], 25-3-1928)

A todo hombre culto le habrá sorprendido más de una vez el hecho desconcertante de que las grandes obras clásicas de las ciencias exactas, pasan —es decir, dejan de leerse, dejan de interesar directamente a las nuevas generaciones— lo mismo, o quizá peor todavía, que las del arte literario. Ni Mariana, ni Voltaire, ni Johnson, ni Schlegel corren hoy en manos de los estudiantes, en sus respectivos países, a pesar de que la *Historia de España, El siglo de Luis XIV*, las *Vidas de poetas ingleses* y la *Literatura antigua y moderna* sean tenidas en aquellos como gloriosos y no sobrepasados monumentos. Esos libros incomparables, que parece deberían figurar en todas las bibliotecas para pasto de todos los espíritus cultivados, solo se encuentran en las de los eruditos, y no los leen más que los especialistas.

Si algún profano acude a manejarlos, no es en busca de conocimientos y datos exactos —pues ya es sabido que, desgraciadamente, todos los clásicos andan plagados de errores como de vergonzosos parásitos, porque no tuvieron la dicha de vivir en nuestros días actuales, modelo de certidumbre y desinfección científicas—. Los escasos lectores de esos grandes libros solo solicitan de ellos deleite literario, limpieza de idioma, gracia o rigor de estilo: todo lo que precisamente parecía más accesorio y marchitable de esas obras cuando se publicaron, pues lo que entonces deslumbraba de ellas era el peso y la calidad de su sabiduría. Si de lo que se trata es de aprender algo sólido y aprovechar el tiempo, no abráis nunca los libros de los grandes hombres. Cualquier estudiante os dará el título de alguna obra anónima o de autor indiferente, que varía cada lustro o, a lo más, cada dos; pero que tiene la enorme ventaja de no contener patraña ni fantasía alguna, sino la verdadera ciencia, la última palabra de la ciencia, que es como si dijéramos (y ya se dice) «la ciencia al día».

La explicación de un fenómeno tan interesante —el de que las obras geniales del pasado sean siempre falsas y, en cambio, la verdadera ciencia se contenga nada más que en libros publicados hoy, por autores mediocres o francamente malos—; esa explicación es la

proporcionará —¿quién podía sospecharlo?— la muerte de Blasco Ibáñez.

¿Sois aficionados al estudio o examen de lo que yo llamo «la prensa comparada»? Es un ejercicio que requiere paciencia. Se trata de considerar lo que ocurre en el mundo, viéndolo a través de lo que dice, no un solo periódico, por grande y bueno que sea, sino cada uno de los órganos de opinión más característicos de cada uno de los primeros países. Es una montaña de papel que es necesario tragarse. Pero si sabéis o podéis digerirla bien, ¡qué delicia intelectual! Cada uno de los periódicos es una lente, de una curvatura y una coloración distintas. Cada país, con su conjunto de lentes afacetados, forma un maravilloso poliedro óptico. Y al final de la lectura, con el conjunto de poliedros a través de cuyas facetas os habéis acostumbrado a mirar, tenéis unos ojos portentosos y fantásticos, como los de la araña vistos al microscopio, y el mundo se os aparece como la verdadera maravilla de la creación. El único peligro es el vértigo. Si conserváis firme la cabeza, si lográis asimilar en ella todas las impresiones disparatadas que se atropellan en su interior, llegáis por fin a una especie de omnipresencia y superación realmente divinas.

Vista así, la muerte de Blasco Ibáñez ha sido uno de los espectáculos más formidables que se hayan presenciado jamás. Un lego en prensa comparada supondrá, en efecto, que la resultante de lo que del famoso novelista español han dicho todos los periódicos y revistas mejores del mundo ha de ser algo así como una figuración colosal, un retrato gigantesco de Blasco Ibáñez, proyectado por mil linternas de haces convergentes sobre el fondo del firmamento estrellado. Y no hay nada de eso, sino algo mucho más curioso. Los millares de instantáneas del celeberrimo escritor publicadas por la prensa de las cinco partes del mundo no han dado por resultado un magnífico retrato, sino —¡fijaos bien!— un magnífico mapamundi. El retratado, en todo caso, ha sido el mundo mismo; pero no Blasco Ibáñez.

Cada fotógrafo, sin darse cuenta, al querer sacar una imagen del popular escritor, no hacía más que sacarse un autorretrato. Puestos todos ante Blasco Ibáñez, resulta que los franceses retratan a Francia, los ingleses a Inglaterra, los alemanes a Alemania, los yanquis a Norteamérica. Dentro de cada una de esas naciones, cada fotografía acusa especialmente las particularidades propias de su correspondiente

taller: si este es rojo, aquella es roja, y si es blanco, blanca. E incluso dentro de cada taller, el carácter personal del operador, y hasta el humor que gastaba en el momento de sacar la fotografía, aparecen claramente registrados en esta. Las pruebas españolas son de las más elocuentes. Así tenemos, no una imagen inconfundible de Blasco Ibáñez, sino una multitud alucinadora de imágenes contradictorias e irreductibles entre sí.

Hay el Blasco Ibáñez genial y el adocenado, el noble y el charlatán, el bueno y el malo, el patriota y el calumniador de su patria, el escritor irresistible y el amanuense soporífero, el grande por anticlerical empedernido y el pequeño por no comprender la religión; aquel cuyas mejores obras son las de asuntos valencianos; el otro, que llegó al pináculo con las de temas españoles, y el tercero, que solo fue grande con las cosmopolitas; sin contar un cuarto, cuya grandeza no consistió en la pluma, tosca y destemplada, sino en la vida misma, en la acción, y pasando por alto aquel otro Blasco Ibáñez que en toda su vida no hizo nada bueno.... nada más que morir. A los franceses (y tampoco a todos) les caía en gracia por meridional y por francófilo. A los alemanes les gustaba lo primero, pero no lo segundo. Los ingleses han dicho que las obras de Blasco no pasarán a la Historia, porque les repugnaba lo que en ellas había de excesivo en una y otra cosa, en su meridionalismo y en su francofilia. De los juicios emitidos en España no creo necesario hablar. Lo cierto es que el conjunto de lo que el mundo ha dicho de Blasco no sugiere a Blasco, sino que sugiere a un monstruo. Quien se propusiese juntar todos esos juicios y sacar de ellos una fórmula coherente estaría en inminente peligro de perder el suyo.

Mas si, por el contrario, en vez de buscar, en la que de Blasco se ha dicho, una imagen fiel del escritor, volvemos la encuesta al revés y procuramos indagar, a propósito de su muerte, cómo son y piensan los que han sacado de él tantas y tan contradictorias fotografías, obtendremos un precioso mapa, un panorama exactísimo de las corrientes, ideas y posiciones más diversas del mundo letrado contemporáneo, una especie de compendio de geografía intelectual humana en 1928. Cada prueba distinta es una modalidad estética, política, psicológica o sentimental. Y el conjunto de ellas, con su gama riquísima y sus incontables matices, nos dará, ya que no la semblanza definitiva de Blasco, una colección de croquis inequívocos de sus

comentaristas. La crítica de las críticas es una disciplina interesantísima, que todavía está por fundar.

Y aquí se ve por qué no se leen, como sería lógico, las grandes obras de las ciencias históricas y hasta de las más exactas. Cada época, cada generación tienen una manera peculiar, inconfundible e insustituible, de ver las cosas, aun las que con los críticos de Blasco Ibáñez, que no hay manera de ponerlos de acuerdo entre sí, les sucede también, a lo largo del tiempo, a las sucesivas oleadas de intelectuales respecto de los grandes acontecimientos históricos y hasta de los fenómenos de la naturaleza. ¿Qué fue la Revolución francesa? A esta pregunta, como a la de qué era Blasco Ibáñez, o qué es la materia, las generaciones irán contestando cada cual a su manera, según su propia visión y su posición respectiva, lo mismo que han hecho ahora los desacordes críticos del novelista español. Pasados trescientos o cuatrocientos años, la *Historia de la Revolución*, de Michelet, seguirá siendo una obra maestra en su género; pero ya no satisfará a los lectores de entonces, como ya no satisface a los de hoy, en el mismo grado que lo hizo respecto de sus contemporáneos. Esta divergencia misteriosa, agrandada cada día más, acabará por reducir los lectores de Michelet al círculo de los puros eruditos. El gran público seguirá teniéndole, de oídas, por un historiador clásico. Pero ya no lo leerá, y para enterarse de lo que fue la Revolución francesa, preferirá acudir a un manual cualquiera mientras sea reciente, es decir, mientras le explique aquel hecho de una manera en consonancia con la sensibilidad actual, con la «última palabra de la ciencia», que, en definitiva, es la palabra del día. Porque el hombre, diga lo que diga, solo sabe hablar de sí mismo.